

Paola Guevara



Horóscopo

CAPÍTULO DE MUESTRA
SIN VALOR COMERCIAL

MERCURIO RETRÓGRADO

Cuando la conoció, Leonardo tenía uno de esos trabajos que no intimidan a otros hombres ni seducen a las mujeres. De qué podía hablarle a esa diosa, que parecía levitar por la sala de redacción con el romanticismo intacto de quien quiere salvar al mundo.

Hasta hace poco él también soñó con denunciar a los corruptos, dar voz a los indefensos y llevar justicia a los oprimidos, como ella. Pero ahora, prensado por la rotativa de la realidad, su nuevo oficio consistía en contar las casillas del crucigrama para comprobar que las respuestas encajaran; en verificar que las historietas de *Olafo el amargado*, *Mafalda* y *Tarzán* no se repitieran dos días seguidos en el periódico impreso y, como pieza central de su rutina, le correspondía velar por el horóscopo diario.

Aclaremos de una buena vez, para evitar confusiones y falsas expectativas: Leonardo ni siquiera escribía el horóscopo, lo que al menos habría tenido un ingrediente creativo. Él se ocupaba, solamente, de revisar la ortografía desde Acuario hasta Capricornio; de descender sin voz ni voto por

las corrientes caprichosas de Piscis, tras los pasos alevosos del carnero de Aries y los bríos territoriales de Tauro, siempre a la caza de tildes faltantes. Se conformaba con ser testigo silente de la dualidad de Géminis, los apegos familiares de Cáncer, la fuerza expansiva de Leo, el perfeccionismo de Virgo o el equilibrio de Libra, sin inmiscuirse; salvo para dispensar comas y puntos, en los planes ocultos de Escorpión y las pasiones irrefrenables de Sagitario.

Mercurio Astral era el verdadero autor del horóscopo aunque nadie recordara su nombre de pila o su dirección. Tampoco quién recomendó su contratación o quién «certificó», si es que así puede llamársele, el método o el rigor de sus vaticinios diarios. Si Mercurio Astral era astrólogo, poeta, brujo, síquico, filósofo, astrónomo, mitómano o todas las anteriores, lo ignoraban todos. A nadie importaba. Nadie tenía tiempo para preguntarse una nimiedad semejante.

Las predicciones llegaban sin falta, cada día a las diez de la mañana, desde hace casi cuarenta años. Y eso bastaba, pues la redacción giraba en torno a asuntos más urgentes que los esotéricos. Para la muestra, la amenaza terrorista, la corrupción estatal, la recesión económica, el resurgimiento de los carteles de las drogas, los ajustes de cuentas entre bandas criminales y, por supuesto, las eliminatorias al Mundial de Fútbol.

La página del horóscopo era el último vestigio de tiempos primitivos; un arcaísmo, si se quiere; y existía gracias a la presión de los lectores que amenazaron con cancelar su suscripción al periódico impreso cuando los *Hombres de Negro* decretaron la desaparición de las predicciones astrales, las caricaturas, el crucigrama y la página social, donde la gente se entera de quién nace, crece, se reproduce y muere. Pero fue tal la indignación de los lectores al verse despojados de sus secciones más entrañables que el director general,

Arturo Sanclemente, resolvió que siguieran existiendo en las últimas tres páginas, después de los avisos clasificados, en la Guantánamo del periodismo.

Si alguien se preguntó alguna vez si en pleno siglo XXI el horóscopo diario era leído por alguien, allí estaba la respuesta: la avalancha de correos, cartas y llamadas de protesta cada vez que ocurría algún error de ortografía en el signo Escorpión o si, por descuido del diseñador, se repetía la misma predicción para Cáncer dos días seguidos.

Los lectores no infartaban las líneas telefónicas por las noticias de primera página, sobre corrupción y muerte, pues estas hacían parte de su destino diario y aceptado, el precio que pagaban por vivir en este país; en cambio el horóscopo se lo tomaban muy en serio, quizá porque allí residía la ilusión de una vida distinta, la única cuota de azar capaz de convertir un día sin esperanza en uno que dieran ganas de ser vivido.

Pero quién podría explicarle a Leonardo la magia de los pequeños poderes si, sumido en un estado de permanente autoflagelación, pasaba las horas rumiando la desgracia de haber sido enviado, como castigo, a los extramuros del éxito.

Es cierto que Ariana Santamaría estaba fuera de su alcance, como los mares congelados de Marte del influjo de la Luna terrestre, pero allí, desde la sección del horóscopo, Leonardo se rebeló contra la dictadura de sus planetas retrógrados y concibió un plan de conquista inédito que alteró la alineación de los astros y jugó a los dados con el destino. Toda historia de amor tiene un comienzo. Y el comienzo de esta fue Capricornio.

CAPRICORNIO

(Del 21 de diciembre al 22 de enero)

CAPÍTULO DE MUESTRA
SIN VALOR COMERCIAL

*Signos,
mi parte insegura
bajo una luna hostil.*

«SIGNOS», SODA STEREO

CAPÍTULO DE MUESTRA
SIN VALOR COMERCIAL

1.

Su mano derecha dejó de moverse. Se detuvo como un electrodoméstico de buena factura que decide, un mal día, dejar de girar sus aspas. No fue una fractura. Tampoco un esguince. Las puertas del viejo ascensor no lapidaron su extremidad y no pudo tratarse de una lesión deportiva pues Leonardo sostiene, desde que vio fallecer en pleno partido al camerunés Marc-Vivien Foé, que el deporte es perjudicial para la salud.

Leonardo escribe. A eso se dedica. Y tras la crisis económica del periódico, que causó el despido de ciento veinte de sus colegas más experimentados, con veintinueve años recién cumplidos fue nombrado editor en jefe de Cultura, Espectáculos, Vida Moderna y Medio Ambiente, además de los suplementos semanales de Libros, Cocina y Decoración.

Honrado por el ascenso, durante año no tomó vacaciones, durmió poco, bebió más café del que debía, escribió de madrugada y hasta altas horas de la noche, trabajó los fines de semana, reescribió los textos de una legión de periodistas novatos y redactó otros tantos él mismo. Se rumoraba, para

colmo, que los *Hombres de Negro* planeaban despedir a setenta personas más cuyas funciones consideraran «prescindibles», así que todos hacían su mejor esfuerzo por ser y parecer indispensables.

Pero un domingo de turno, a la medianoche, cuando el coctel de píldoras no logró enmascarar el dolor en su mano derecha, se vio forzado a parar. Sus nuevos reporteros ofrecieron quedarse a cargo de la última página y, sin prever el desastre que esta inofensiva delegación causaría, se marchó con la satisfacción del deber cumplido.

Al llegar a casa encontró a su madre dormida en el sillón bermellón, arrullada por las baladas roncas de Umberto Tozzi. Se deslizó con sigilo a la habitación de su hijo Max, de cuatro años, y sintió la culpa de cada día: la de no verlo despertar en las mañanas, la de encontrarlo dormido al llegar en las noches; la de haber fracasado en su matrimonio con una bailarina que se hastió de sus jornadas de trabajo y se marchó con un mimo francés; la de no querer asumir la viudez de su madre pero aceptar su ayuda con la crianza del niño.

Y aunque pasó por su mente la idea de renunciar al periódico, se dijo a sí mismo que a sus remordimientos recientes no podía sumar uno más: negarle a Max el colegio de élite donde acababa de inscribirlo. Si no podía ser un modelo de felicidad, al menos este rol quería jugar, el del padre proveedor que compensa a su hijo con la mejor educación que su dinero puede pagar.

Se arrodilló junto a la cama bajita y fue consciente de la descomunal extensión de las pestañas de Max, de la perfecta simetría de sus facciones rubicundas, del contorno de sus pequeños labios en reposo y, distraído de sus dolencias, alargó la mano derecha para acariciar la cabeza del niño, para encajar la cuenca de su mano en la curvatura de sus mejillas y alejar el mechón de pelo que caía sobre su frente, pero un

latigazo furioso en los tendones lo obligó a detenerse de golpe, un ardor impreciso se propagó como una falsa noticia por su antebrazo y un monte denso y violáceo brotó de las entrañas de su extremidad desvalida. Sus ojos se llenaron de un pánico acuoso, exhaló los últimos restos de aliento y se dejó caer sobre el tapete, en posición fetal.

La evidencia resultó aterradora, porque al tiempo que retrajo su mano vencida comprendió que su cura era, justamente, la cabeza de su hijo; que la salvación no estaba en infiltraciones o cirugías, sino en acariciar a este niño mil veces, con delectación y constancia, antes de que fuera demasiado tarde.

CAPÍTULO DE MUESTRA
SIN VALOR COMERCIAL

Reposo absoluto de cuarenta días, con prohibición expresa de escribir. El doctor Amedeo Vita fue aún más específico: «Ni un lápiz a la vista. Ni un teclado de computador en el perímetro». Mucho menos acometer la novela negra que planeaba escribir «en sus ratos libres».

Decidido a desestimar la advertencia médica y con excesiva confianza en el vigor de sus treinta años, Leonardo arrugó la incapacidad laboral en el bolsillo del pantalón, se fundó una férula negra de velcro que compró en la farmacia y, de camino hacia el periódico, se detuvo en el cajero automático. Esta máquina voluptuosa de traje rojo se había convertido en la única relación estable en la que insertaba y de la que retiraba algo valioso. Calculó que le faltaba al menos un año para librarse de las deudas que arrastró de su matrimonio con Lucía y que asumió por completo tras la separación. Se le ocurrió que quizá las parejas sin amor engendran deudas; deudas proporcionales al tamaño de su abismo, deudas que contraen como un día contrajeron nupcias; lealtades vinculantes como sucedáneas del lazo roto.

Seis calles más adelante se detuvo en el edificio donde transcurría la mayor parte de su existencia, el periódico donde siempre soñó trabajar; se contempló en el reflejo platinado de la fachada, elevó la barbilla y, con la vanidad escalando el Everest de su ceja, recordó que pese a todo era un tipo atractivo, el editor en jefe más joven de la historia del diario, un hombre con creciente prestigio, poder e influencia. Actores, directores de cine y escritores hacían fila para ser entrevistados por él, y la Filarmónica ya ni siquiera entraba en crisis sin consultarle.

Revisó el teléfono. Encontró siete llamadas perdidas de Arturo Sanclemente, y un mensaje de texto que decía: «Idiota. A mi oficina ya mismo». Sus tendones se tensaron como cuerdas vocales que ahogan un grito de auxilio y, por primera vez en su vida, Leonardo atravesó aquella puerta giratoria con la velocidad de un Clark Kent que, en lugar de salir a salvar el mundo, entra a salvar su pellejo.

Sanclemente lo esperaba de pie, asomado a los enormes ventanales de su oficina panorámica, desde donde oteaba el enrarecido horizonte: los *Hombres de Negro* le dieron un año de plazo para mejorar las cifras del negocio y, si no superaba la meta económica trazada por ellos, era inminente el cierre de la edición impresa. En el Titanic de los periódicos, el corazón de un director es un mar de secretos.

A lo largo de su historia, el diario dio grandes batallas para sobrevivir: contra la Iglesia, que en los años sesenta prohibió a los fieles leer un diario pro-píldora anticonceptiva; contra la dictadura, que cerró su sede y lo obligó a publicar desde la sombra con nuevo nombre; contra los gobiernos bipartidistas que restringieron a su antojo la libertad de prensa; contra el poderoso grupo económico que retiró su millonaria pauta publicitaria como retaliación, cuando el periódico denunció la financiación a grupos terroristas; contra los capos de la

mafia, que pusieron precio a las cabezas de los reporteros judiciales. Pese a todo, los enemigos de turno pasaron, o mutaron, y el periódico prevaleció. Pero ahora, en la era de Facebook, Google, Netflix y las *fake news*, el juego cambió y olvidaron incluir las nuevas instrucciones en la caja.

Al ver entrar a Leonardo, Sanclemente asfixió con las manos el periódico del día y sus helados ojos azules, poblados de estalactitas, centellearon con fiereza. Con el dedo índice a manera de escalpelo, señaló dos titulares enfrentados en la misma página: a la izquierda, la foto de la famosa soprano Diva von Kremer en plena interpretación de un aria de Wagner, y un infame titular a tres columnas que decía: «La ballena canta de nuevo».

El sumario añadía, para magnificar el oprobio: «El voluptuoso espécimen dio muestras de vida y, tras una eficaz intervención de la brigada de emergencia ambiental, retornó a su hábitat». Y a la derecha, en perfecta alineación, la foto de una ballena rescatada en las frías y plomizas aguas de Buenaventura, con el titular «Ecos de un concierto memorable» y un sumario que decía: «Su voz de soprano fue aplaudida a rabiar por los asistentes al espectáculo de Año Nuevo».

—¡Somos el hazmerreír del país entero por su culpa! —Sanclemente impuso su metro noventa de estatura sobre la sombra delgada y temblorosa de Leonardo—. Por su ineptitud tuve que ofrecer mi cabeza esta mañana; la junta de accionistas estaba furiosa, con toda razón, por el ridículo que hizo esta casa editorial al humillar a Diva von Kremer. Ella está muy deprimida por el titular de hoy y tuvo que refugiarse en su isla privada para pasar el mal rato, pero me pidió no renunciar y seguir adelante. ¡Qué dama! ¡Qué grandeza!

Leonardo intentó balbucear, pero Sanclemente atropelló:

—Por si usted no lo sabe, el marido de Diva, Boris von Kremer, financia con los avisos publicitarios de sus empresas el quince por ciento del presupuesto de este periódico, donde usted trabaja, ¡o trabajaba! Dueño del Banco Transnacional, de dos compañías constructoras, de un equipo de fútbol, de un ingenio azucarero, de una cervecería, de un canal de televisión y fundador de la principal banca de inversión del continente. ¿Algo de esto le suena familiar? Quiere decir que su salario y el mío...

—Los paga Diva von Kremer —farfulló Leonardo en estado de *shock*.

Tal vez debió explicar allí mismo que sus reporteros exhaustos no detectaron la confusión de los titulares, o que el nuevo diseñador confundió por error las cajas de texto de los artículos enfrentados; que el practicante de *scanner* trocó las fotos sin querer, al modificarlas para ahorrar tinta; o que el turno nocturno de los domingos es, sencillamente, inhumano. Pero no tuvo agallas para arruinar la carrera de chicos recién graduados ni para librarse de culpa si al fin y al cabo él, como editor en jefe, era responsable por todo lo publicado en las secciones a su cargo.

Imaginó a sus reporteros, ruidosos e inexpertos, tan dispersos como bienintencionados, doblegados bajo el látigo verbal de Sanclemente, y sintió por ellos la compasión que sienten por otros hombres los hombres que son padres de hombres. No, no intentaría justificarse. Tampoco argumentar que fue un error de los *Hombres de Negro* despedir a los correctores de estilo para ahorrar costos. Pagaría el precio por todos, sin delatar ni enrostrar.

Elegió la estabilidad de su hijo por sobre los océanos de orgullo que se agitaban al interior de sus sienes, y supo que dos opciones le quedaban: lavarse las manos como un maldito

cobarde, o usar su mano enferma como bendita coartada. Rogó, mientras una legión de equilibristas obesos se tambaleaba sobre sus tendones resentidos.

Arturo Sanclemente Portocarrero III, padre del director y quien estuvo al frente del periódico durante tres décadas, observaba la escena desde una esquina, imperturbable. El viejo lucía impecable, como siempre, el traje gris hecho a medida, del más excelso paño italiano; un pañuelo Hermés naranja y rojo que brotaba del bolsillo de su saco como lava de seda y zapatos Louboutin de suela roja, como todo un papa de la prensa. Arrebató la incapacidad médica que Leonardo agitaba en el aire como una bandera blanca de rendición, y leyó.

—Aquí dice que tiene incapacidad de cuarenta días por enfermedad laboral y no podrá usar su mano derecha en un tiempo prudente. Arturito, te sugiero una reasignación de funciones para este empleado. Toma, lee, «posible sobrecarga de trabajo», parece muy delicado —dijo el viejo, quien retornó con fruición al habano que tomaba por desayuno y le guiñó el ojo a Leonardo.

—¿Incapacidad? Capaz de despedirlo es que soy, papá.

—¡Arturito! ¡Por favor! No te precipites, recuerda «aquello» —advirtió el padre.

«Aquello» era la instrucción preventiva que dieron los *Hombres de Negro* sobre no exponer al periódico a otra nueva demanda laboral innecesaria, lujo que no podían permitirse en tiempos de crisis económica.

—Agradézcale a su médico que aún tiene trabajo —ladró Sanclemente hijo—. A partir de ahora no respire, no piense, una sola imprudencia y lo lamentará. Mientras la empresa estudia su caso, irá donde no pueda causar otro desastre. Papá, tú decides, no tengo tiempo para estas cosas.

Leonardo vio luces doradas que serpenteaban por su retina, sus oídos zumbaron al interior de una pecera azotada

por los nudillos de un niño impaciente, el espacio se redujo y se amplió en abrupta frecuencia a la espera de la sentencia del viejo.

—Arturito, demos la bienvenida al nuevo hombre del horóscopo.

CAPÍTULO DE MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

